

TRAVESURAS

Adri y Guille se miraron desde sus respectivos pupitres. Allí estaban otra vez, comenzando un curso nuevo. El verano se fue como un suspiro, y lo habían pasado en grande, dentro de las limitaciones de su barrio y su ciudad. No habían dejado de verse, ellos y demás colegas distribuidos en otras clases e *instis*. Llevaban apenas una semana de curso, pero, entre presentaciones y peloteo, aún no daban palo al agua. Bueno, la profe de Tecnología, doña Sagrario, que se las sabía todas, ya encontró tiempo de mandarles un trabajito. «Menuda cabrona». Que esa era otra. Era necesario tomarles el pulso a todos los profesores para ver hasta dónde podían llegar con cada uno. Había sido un verano *de puta madre* y querían que el *insti* fuera una lógica continuación. Debían ir, sí. ¡Qué remedio! Hacer deberes (si era estrictamente necesario) y estar sentados (si realmente les obligaban). Todas esas variantes las debían medir testeando a cada profesor. Normalmente, venían muy serios, pero eso era una máscara. Luego, la mayor parte siempre se confiaban. Y ahí, ellos veían hasta dónde podían pasárselo bien o no. No valía piedad. Eran el enemigo: una piedra en el zapato con el que calzaban sus ansias de libertad adolescentes. Reírse de la autoridad *molaba*, cuando se podía hacer. «Algunos —pensaba *Guille*— eran auténticos memos». Y los memos le daban asco. ¡Ah!, y también debían estudiar, pero eso era lo de menos. ¡Segundo estuvo *chupao*! Tercero no sería más difícil. *Eso estaba hecho para tontos, para carencias...* «El *insti* estaba lleno de ellos y esa gente tenía que aprobar», pensaban Guille y Adri. A su colega Yuri le costaba más que a ellos, pero sabían que el rollo que tenía en su casa era chungo. Si a alguno de esos profes le daba

por tocarles las pelotas, ya se las ingeniarian ellos para hacer que los dejaran por imposibles, y que la tomaran con otros. Y la clase lo sabia. Eso era *top*.

Adri y Guille se conocieron en el instituto y eran amigos. Yuri, cuyos padres eran ucranianos —aunque él se considerara muy español—, cerraba el terceto. Completaban la pandilla algunos otros chavales de otras clases, a quienes veían en el recreo y los *findes*, en ese constante vagar que es el tiempo de ocio social para aquellos a quienes ya les quema estar con los padres, pero aún no tienen edad ni dinero para ir a bares o restaurantes. A Yuri, que vivía algo alejado y tenía que ayudar a su familia, lo veían poco los fines de semana.

Como cada curso, la peña era distinta. Faltaban algunos, que se habían mudado, cambiando de centro. U otros de los que, simplemente, no sabían nada. Solo que ya no estaban. Generalmente *raritos*. No los echaban de menos. Lo importante eran los colegas. Nuevas caras, muchas. Y más colores aún. Bultos, que a buen seguro aportarían diversión. De buen grado, o forzados... ¿Qué más daba? Cuando se es el *puto amo* poco importan esos detalles. La mayoría de las chicas no les llamaban la atención, salvo Marisa, Tere y Yurena, que estaban *to buenas*, cada año mejor. El verano les había sentado de nivel *pro*, opinaban. A ellas, las clásicas guapas, se les habían sumado una tal Ana Ortega, otra conocida como La Pere (*no se acordaban de su nombre*) y otra muy alta y de frondosa melena rizada que atendía por Virginia Medina... Adri hablaba con Guille acerca de qué habrían comido en vacaciones, que si menudas tetas, que si tenían todo hinchado. Que a este paso el año que viene estarán todas buenas. Y Yuri los tranquilizaba: *el resto de tías eran puros bultos*. El gusanillo que sentían arder placentero en su interior cuando alguna de las «buenas» les reía una payasada o siquiera se

molestaba por alguna perrería que le hacían era indescriptible, y lo buscaban con ahínco. Yuri no tanto. Y es que él sí se había liado ya con alguna. Según decían las tías, era muy guapo, muy alto y tenía ojazos.

La diversión lo era todo, y en parte, se les acababa pronto el argumento de hablar de fútbol, o comentar esta u otra aplicación del móvil o alguna web de tonterías. La juerga estaba en el entorno. Testar a los profesores estaba bien y, según creían, les granjeaba la admiración y respeto del resto de chicos. Además, era algo práctico: más pérdida de tiempo en clase, menos materia se imparte, menos tiempo hay que dedicar a aprobar. Los partes y expulsiones ocurrían, sí, pero ellos sabían cómo bordear la situación, cómo ampararse en el colectivo, y la gradación de travesuras que requería cada docente. Pero con los profesores había un límite. Las broncas de los padres eran más bien simbólicas, mientras aprobaran todo. Bastante trabajo tenían los de Guille y los de Adri. Yuri era más comedido. Siempre iba detrás y en pocas ocasiones le habían puesto un parte. Le hubieran llamado *cagao*, pero Adri sabía cómo se las gastaban sus *viejos*. Yuri jamás lo confesó, pero era más que evidente que a papá y mamá *Ruskis* no les bastaba con pegarse entre sí. A veces el niño también sufría las consecuencias. No le sacaban el tema. ¿Para qué? ¡Menudo *malro*!

Repararon en Daniel enseguida. Había venido de nuevas al *insti* ese curso. Nadie sabía nada más de él. Grande, más que Yuri. Gordo, pero sin ser cebón. De esos ya tenían varios «cochinos y cochinas» en clase, como les gustaba llamarles.

Dentro del clásico reconocimiento general que esas primeras semanas hacían, Daniel les llamó la atención. Por supuesto que había *raritos*, *pringaos*... o

gente con un potencial enorme de diversión. Un par de gorditas muy calladas, un tal David Pérez que iba de listo por la vida y, sobre todo, con los profes — cosa que les reventaba—, y un chino —cuyo nombre, a falta de recordarlo, se inventaban uniendo sílabas sin ton ni son al llamarle—, con el que se frotaban las manos. Amén de un chico con capucha que vivía en su mundo y no les seguía el juego. Por más que se les acumulara el trabajo, Daniel, tan grandote, con esa pinta de *empanao*, tenía un aura que se les hacía irresistible.

Daniel había balbuceado su nombre con aspereza cuando le había tocado presentarse en sucesivas ocasiones con cada profesor. Aunque en inglés, con la inflexible *Mrs. Margareth*, supo contestar a las preguntitas de rigor con una enorme corrección que al propio Yuri, un crack con los idiomas, le mosqueó.

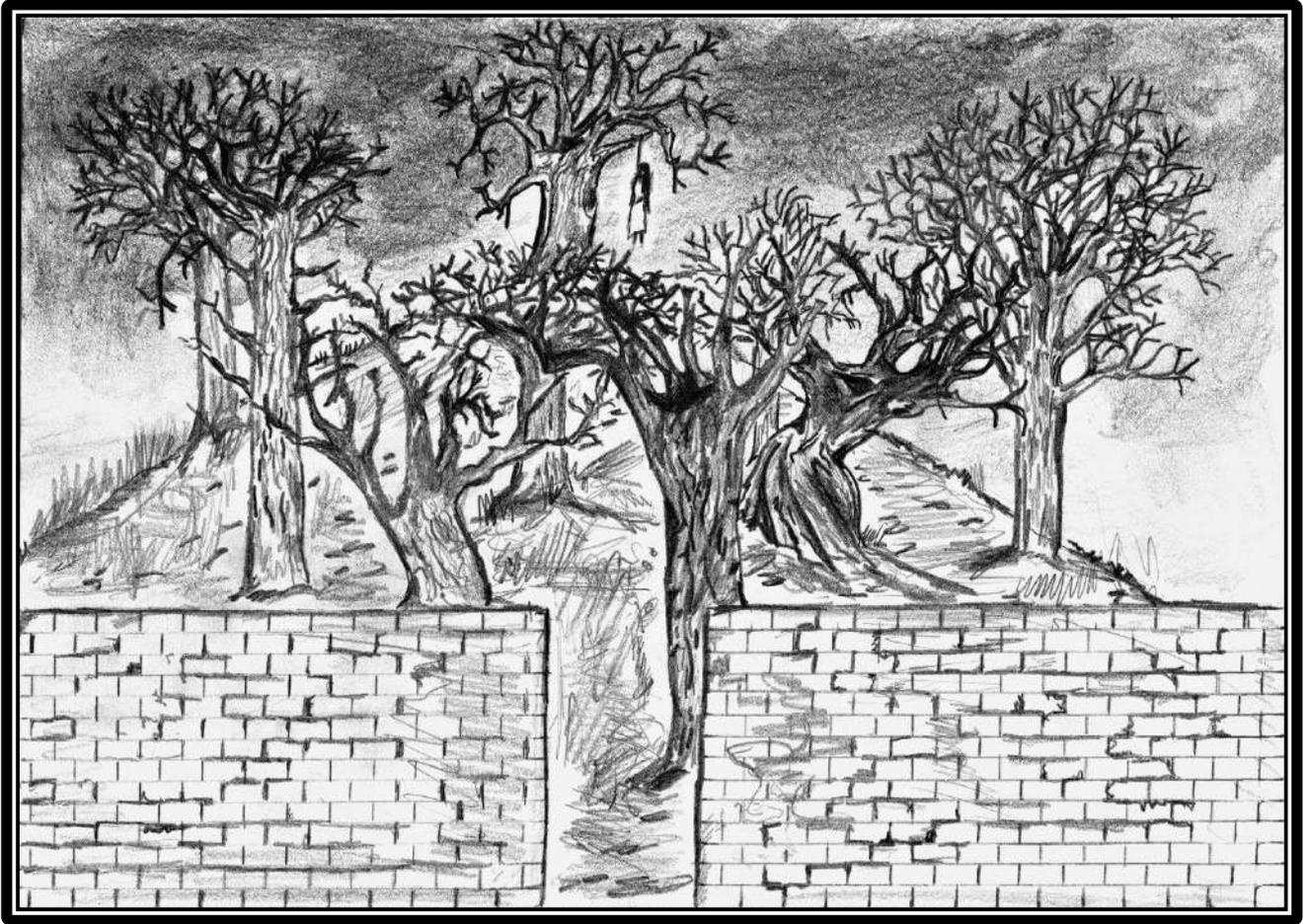
Cuando sonaba la campana del recreo, la estampida era generalizada; cada cual buscando ansiosamente a sus colegas de cursos anteriores, a su amiguito o amiguita del alma, si es que estaba en otra clase... En fin, ese grupo identitario sin el cual los adolescentes no pueden estar. Los momentos de soledad generalmente se vivían con auténtico ahogo. El trío de amigos, al que se sumaba en ocasiones Ángel Sánchez, un chaval que, en boca de Adri «*es muy tonto, pero tiene buenos puntos*», se juntaba para hablar de todo e interactuar con quien tocara: grabar los culos de algunas chicas con la cámara del móvil (y procurar que se enteraran y les llamaran «*guarros*»), meter algún papel o chicle en la sudadera del chico encapuchado —que se hallaba en su microcosmos escuchando música y leyendo durante los recreos— o gorronear chocolatinas y bocadillos. Ellos ni robaban ni quitaban nada. Nunca lo habían visto así. Simplemente, si tenían hambre y algo les parecía rico, se ponían a hablar «*de buenro*» con el dueño del bocata de chorizo

o con alguna golosa comedora de chocolatinas, y le pedían probar. Y probaban. Los tres. Nadie les decía que no, sobre todo una vez habían presentado sus credenciales como amos del corral. Si alguna vez alguien se negaba, insistían. ¿Qué seguía negándose? Venían los insultos: *gumia, foca, sebosa, así se te atragante...* y, por supuesto, esa persona podía encontrarse luego cualquier cosa en su mochila... o echar en falta otra, o ser caricaturizada en la pizarra. O ser carne de *meme* en wasap o *insta*. A Yuri todas esas artes ingeniosas se le daban bien, aunque era el que menos gorroneaba.

Daniel desaparecía cada recreo y nadie le veía el pelo. Apenas habían intercambiado alguna palabra con él en Educación Física —*donde, como cabía esperar, era un total negado*—. Hablaba algo con las chicas y estas le sonreían. Por supuesto, a Adri y a Guille eso les ponía enfermos, y se comían el coco pensando qué *hostias* les contaría.

En los, a menudo largos, cambios de clase, el grandullón quedaba solo en su pupitre. Misterioso, frío, taciturno; se dedicaba a escribir o anotar, siempre en el mismo cuaderno azul. Adri se preciaba de ser observador. Un día en el que Daniel estaba rodeado nada menos que por Tere y Yurena, dos de las buenas, no pudieron resistir más: «Vamos». Y se acercaron los tres.

Daniel dibujaba, y muy bien, por cierto. Las chicas lo miraban con una mezcla de curiosidad y atracción por lo que hacía, que no por él. Era un monte con árboles marchitos, y en lo alto del mismo, una siniestra figura que figuraba



una mujer ahorcada. Todo ello con nubes y claros muy bien matizados, y con un muro en primer plano en el que cada ladrillo había sido destacado con metódica calma, como si remarcar ese detalle aparentemente sencillo relajara la mente del autor y lo predispusiera a acometer trazos más complicados.

—Es raro... pero me mola —dijo Yurena

—Pues a mí me da mal rollo, tía, pero joder... está que te cagas —añadió Tere.

—¡Wow! —exclamó Adri de modo sincero—. Tío, eres un *crack*.

—Uff! ¡A esto se dedica el loco! —continuó Guille.

Daniel los miró un par de segundos con marcada desconfianza... y siguió repasando con ahínco el muro de ladrillo. Por supuesto que ni a Guille ni a Adri les hacía gracia que aquel *pringao* ganara la atención de las chicas con algo en lo que ellos no podían competir. Por mucha curiosidad que les causara. Sus cabezas empezaron a fraguar la manera de quedar por encima.

—¿Tienes más, tío? ¿Nos los enseñas?

Daniel, sin mediar palabra, y con poco entusiasmo, abrió el cuaderno de dibujo, y con poco tiempo para que la concurrencia apreciara los detalles, les enseñó dos obras más. Una era un Spiderman bastante bien dibujado que moría al ser atropellado por un tren, mientras con sus redes salvaba a una chica de sufrir la misma suerte. Lo de que moría era lo que entendieron los chicos, porque el héroe casi era partido por la mitad por el expreso. El otro dibujo representaba un edificio solitario desde el que se arrojaba una mujer, que parecía suspendida en el vacío, como agarrando el aire en un postrero intento por retroceder atrás en la decisión ya irrevocable de poner fin a su vida. A Adri le entraron escalofríos. Y mira que le gustaban las pelis violentas.

Guille y Adri se miraron y, como tantas veces, no hizo falta mediar palabra.

—Yo también sé dibujar. ¿Me dejas? —En realidad la pregunta sobraba. Con rapidez e impostada amabilidad, tomó el cuaderno de Daniel, que no hizo ademán de impedirlo.

—¿Dibujar, tú?... Si por dibujos entiendes la típica caricatura de las *cochinas* en la pizarra... —añadió Yuri inocente, como siempre un paso por detrás.

Adri tomó de manera disimulada uno de los lápices de Daniel y se apartó con el bloc a un pupitre contiguo, de manera que nadie le viera proceder. Fue breve, apenas unos segundos, de modo que desde detrás parecía que simplemente se estaba recreando en los detalles. Hizo lo que mejor sabía hacer.

—Toma, me pareció que era un detalle importante que se te había pasado.

Los chicos exclamaron alborozados al comprobar que la «obra» de Adri consistía en un enorme pene erecto que se alzaba triunfante desde la entrepierna del Spiderman sanguinolento.

—Le ha puesto *to* cachondo salvar a la chica. Al menos muere feliz.

—¡Joder, Adri, qué asco! ¡Cómo te pasas! ¡Pobre chaval! —exclamaron con teatralidad las jovencitas.

Guille le rio la gracia con ganas, y a Adri la reacción de las chicas le supo mejor que su plato favorito, pues sabía de sobra lo que ese tipo de exclamaciones significaban en el argot femenino adolescente. Se avecinaban buenos tiempos.

Daniel miró el dibujo con incredulidad, no creyendo lo que acababa de ocurrir. Apretó con fuerza su puño derecho y empezó a temblar.

—¿No te ha gustado mi añadido? ¡Venga tío, si Spiderman lo pedía a gritos!

Daniel giró la cabeza hacia Adri. Chicas y chicos pudieron percibir una honda decepción en esa cara de mármol. Adri en ningún momento tuvo miedo. Era un chico fuerte, y a las malas, se sabía acompañado hasta el fin por Adri y Yuri. Aunque debía confesar que una pelea con semejante mostrenco no le apetecía lo más mínimo.

Fueron largos y espesos los segundos. Yuri y Guille se pegaron a Adri respaldándolo. Sabían perfectamente lo que tenían que hacer. Nada sucedió. Y no hubo tiempo para más. Don Miguel, el profe de Historia, acababa de irrumpir en clase con prisas y endémico despiste, como casi siempre; aunque en esta ocasión, sin saberlo, de modo muy oportuno. Les esperaban cuarenta y cinco minutos de intensa charla sobre demografía en España y el mundo. «Lo justito para digerir el bocadillo», pensó Adri.

El caso es que ya habían roto el cascarón con el pardillo. No se había rebelado. De haberlo hecho, con ese tamaño, aunque seguro le hubieran cascado, se lo hubiera puesto difícil: las peleas llamaban demasiado la atención. Pero no lo hizo. Nunca lo hacían. Un elemento más de diversión. Adri sonrió pensándolo mientras reproducía un sonoro ruido bucal que ponía especialmente nervioso a don Miguel cuando este se hallaba de espaldas y no podía verle. *El insti era tantocho...*

.....
.....

Las clases de Educación Física resultaban especialmente divertidas para Adri, Guille y Yuri. Por un lado, suponían sacudirse el opresivo grillete que conlleva estar horas y horas en un aula sin demasiada movilidad, más allá de levantarse puntualmente para realizar alguna fechoría. Por otra parte, resultaba entretenido recrearse en la torpeza de la peña. Y es que algunos *pringaos* tenían auténtico pavor a esa clase. *Flipante.*

No es que Adri ni Guille fueran especialmente unos atletas —Yuri era claramente el mejor de la clase en esas lides—, pero mal tampoco se les daba. Desde luego, ver a las *cochinas* cometer cagada tras cagada en un circuito de agilidad, poniendo a prueba la paciencia del profesor, merecía la pena. Los chistes y chanzas jocosas iban y venían. No los tenían que pensar demasiado. Simplemente salían. Y esa mañana se hallaban especialmente inspirados. La mayoría de las veces, el que no era víctima de burlas, participaba, pues sentía que si se desviaba la atención se libraría, y si lograba empalmar varias semanas librándose, tal vez se olvidaran de él.

Daniel era especialmente torpe en el circuito de agilidad y en los ejercicios de psicomotricidad. Si Educación Física hubiera consistido en levantar pesas o en arrojar sacos de patatas, el sobresaliente hubiera sido suyo. Pero desgraciadamente para él, nunca había sido así. Todo era agilidad, resistencia, coordinación, trabajo en equipo... : cosas que no se le daban bien. Y, claro, Adri y Guille se mondaban: «*Te pesa el culo*». «*Deberías compartir el bocata de chorizo, cabrón*». «*Uy, ¿cómo dibujarías ese trompazo?*». «*Estás más matao que los pavos que dibujas*».

Daniel, aparentemente, no prestaba atención a puyas y risas. Como si la cosa no fuera con él.

Tras terminar la clase, el grupo, cansinamente como una hilera de elefantes atravesando el Kalahari, cubría el camino desde las pistas de atletismo donde habían estado haciendo los ejercicios hasta el instituto, y de ahí al aula donde, inmisericordes, les aguardaban las matemáticas.

Claro está, antes pasarían por los vestuarios del gimnasio del instituto para asearse y para, al menos, cambiarse el pantalón corto de deporte por el largo de chándal. Daniel estaba inquieto. Adri le miraba a prudente distancia, riéndose.

—¿Qué has hecho ahora, loco? —le espetó Yuri.

Por toda respuesta, Guille sacó de su mochila un pantalón de chándal que no era el suyo y, de modo sobreactuado, se puso a la altura del gigante solitario.

—¿Buscas esto? —le dijo mientras le ponía el pantalón a la altura de las narices.

El gigante habló. Y no pudo ser más claro.

—Sí. Dámelo. —Extendió la mano para tomarlo, así, de buenas a primeras, sin más preámbulos ni preliminares. A Adri eso le pareció intolerable. De un modo sutil, le hizo un regate con el brazo, y le lanzó el pantalón a Yuri, que a escasos metros y sin esperar el regalo, lo atrapó como pudo antes de que cayera al suelo.

—Pídelo por fav...

¡PAAFFFF!

El sonido del impacto se debió oír en toda la manzana. Adri salió despedido a más de un metro y medio de distancia, o eso le dirían más tarde los que habían presenciado la escena. El solo recordaría que fue como si un rayo estallase en su cara. Daniel le había dado una bofetada, y no una cualquiera, sino la madre de

todas las bofetadas. Un golpe bien dirigido a su mejilla del que se hablaría durante años, es más, que pasaría a la historia del instituto como «La Bofetada».

Pocos lo vieron, pero todos lo oyeron, y, al instante, volvieron sus cabezas hacia la escena, justo a tiempo para ver a Adri derrumbarse como una chabola destartada, como un villano de Marvel despojado de todos sus poderes y orgullo.

Todo fue muy rápido. Daniel se dirigió entonces a Yuri sin vacilar ni un ápice, y alguno temió que comenzara una orgía destructora. Pero no fue así. Yuri le tendió el pantalón, en un gesto más defensivo que condescendiente. Daniel lo tomó y se fue hacia el vestuario.

Nadie intervino. Nadie increpó al gigante por su repentino arranque de furia; en cambio, todos y todas hicieron un corrillo en torno a Adri, que segundos después de la conmoción, con la cara colorada como un bistec y en brazos de su colega Guille, comenzaba a recuperarse.

—¿Estás bien, Adri, tío? —le dijeron Guille y Yuri.

Algunas chicas le preguntaron también. La mayoría, al ver que el chaval estaba bien, no tenían ni pizca de preocupación real. Pero sí que se hallaban sorprendidos y excitados, presos de esa inconfesable morbidez que producen en los adolescentes las escenas violentas cuando no son ellos los implicados. Ver a uno de los gallitos del *insti* de esa guisa también era algo destacable. Los pocos que estaban mirando cuando Daniel le asestó la bofetada se recrearían más tarde en el hecho, exagerándolo hasta la saciedad, saboreando la efímera gloria de ser protagonistas narrando algo que pocos habían visto.

Impulsado por un resorte llamado «rabia», Adri se levantó en cuanto fue consciente de la escena. Solo habían transcurrido unos segundos desde el golpe, pero bastante cargaditos de acontecimiento y especulaciones a su alrededor. Se tocó la mejilla izquierda. Le escocía terriblemente, pero nada más.

—¡Estoy bien! ¿Dónde está? ¿Dónde está? —dijo mirando con furia alrededor, queriendo devolver la afrenta de inmediato, dejar la cuenta a cero.

Fue Yuri, más fuerte que él, quien lo agarró con firmeza.

—Déjalo —le dijo mirándole enérgico con sus rasgados ojos verdes—.
¡Déjalo!

.....

.....

Esa tarde, el grupo de *WhatsApp* del trío echaba humo, tras el estupor inicial.

(Adri): ¿Pero por qué coño no habéis hecho nada?

(Guille): No sé, tío, nos pilló descuidados. Además, ese cabrón impone.

(Adri): Ese se va a enterar, os juro que esta me la paga. ¿Cuento con vosotros?

(Guille): Claro, para eso estamos.

(Yuri): A ver qué vais a hacer, que estás muy rayado.

(Adri): ¿De qué vas? ¿Cómo no lo voy a estar? Te tenía que haber dado a ti, a ver si no lo estabas.

(Yuri): Creo que con lo de la polla te pasaste un poco.

(Adri): ¿Que me pasé? Pues que lo hubiera dicho, en vez de quedarse *ahí to empanao*. Aquí si tragas, tragas.

(Guille): Joder, tío, si se lo iba a dar. ¿No?

(Yuri): ¿El pantalón, dices? Pues me lo pasaste a mí.

(Adri): Que sí, pero se lo hubiéramos dado al final. ¿Qué voy a hacer yo con un puto pantalón de gordo sudoroso?

(Guille): Puto gordo friki. Algo hay que hacer.

(Adri): Sí. Se va a cagar.

.....

...

Adri no se lo explicaba. Allí estaba, irguiéndose enhiesto y orgulloso: un enorme pene que ocupaba todo el reverso de una cara del papel con sus ejercicios de Inglés, que había sacado de su mochila para entregar a *Mrs. Margareth* quien, con su desagradable acento los estaba reclamando. Y menos mal que se dio cuenta. El falo, dibujado a bolígrafo, no escatimaba en detalles escabrosos, pero Adri, desde luego, no se recreó en ellos. Más bien, se apresuró en hacer desaparecer el papel antes de que su a menudo sufrido compañero de pupitre se diera cuenta. La profesora nativa ya estaba recogiendo los ejercicios, y clavó sus

ojos de urraca en el apurado adolescente, después de que Gonzalo, su compañero, entregara su hoja.

—*Oh! Give me your exercises, please. I don't have all morning.*

—*Er... I lost my homework, Mrs. Margareth... sorry.* —Era lo primero que se le había ocurrido, y se le revolvió las tripas mientras lo pronunciaba, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

La veterana profesora se ajustó las gafas y se expresó en español machacado por un tónico acento inglés:

—¿Perdido? Juraría que te vi guardarlos —extendió su huesuda mano—. ¿No los has hecho? Dame la hoja, por favor.

—No, no... lo he perdido —azoradísimo, Adri no estaba acostumbrado a dar el cante por cuestiones académicas—. Lo hice a medias, pero lo he perdido. Deme otra y le prometo que lo haré mañana.

—El día era hoy, tiene usted un cero en el ejercicio, Mr. Martínez.

—¡Joder! ¿Pero de qué va? ¡Si le digo que mañana lo tendrá!

Mrs. Margareth volvió al inglés, de modo práctico y ceremonial.

—*Tomorrow is too late, Mr. Martínez.*

Cabreado, y siguiéndole el juego, Adri se cruzó de brazos y musitó «*witch*», sin importarle mucho si le oía o no. Y lo que ocurrió es que le entendió a medias, pues aquella *puñetera sorda* entendió «*bitch*», cuyo significado es mucho peor que el de una humilde mujer vieja que vuela en escoba y elabora pócimas y bebedizos.

Resultado: una escena, un parte y expulsión al aula de convivencia. Dada su afición a gamberrear y a reventar las clases, era previsible que eso ocurriera varias veces a lo largo del curso, pero teniéndolo *controlado*. Esta había sido sin comerlo ni beberlo, y además, con consecuencias en su nota final. Ahora tenía un poco menos de margen para la diversión, que era lo que daba sentido al instituto.

.....

...

Adri se había jurado no decir nada a nadie, pero eso le duró menos de un día. Guille y Yuri no tardaron en ver la muy tremenda obra de arte que Adri había recibido en sus deberes de Inglés. Tras los minutos de cachondeo inicial, que el orgulloso adolescente aguantó con el debido estoicismo, los tres amigos se pusieron a elucubrar explicaciones. Adri sabía que podía contar con ellos.

Concluyeron que por fuerza había tenido que ser Daniel... la relativa calidad del dibujo, la rabia del trazo (el boli estaba bien apretado), y el propio hecho de dibujar un pene como respuesta a la afrenta. La fechoría que Adri había cometido con el Spiderman de Daniel la conocía mucha gente, pero necesitaban un culpable. Eso y las ganas que Adri le tenía al grandullón después de lo de la bofetada hicieron el resto.

Ahora bien, ¿cómo había accedido ese loco a la mochila de Adri? Durante los recreos, la clase se cerraba a cal y canto. Salvo... que alguna de las empollonas hubiera pedido la llave para coger algo poco antes de que llegara el profesor, y

en ese escaso lapso de tiempo el desgraciado hubiera realizado su obra maestra. Era factible.

—No lo habrá visto Gonzalo, ¿no? —añadió Guille refiriéndose al despistado compañero de Adri en Inglés.

—Bua. Ese no se entera de *na*. Y como diga algo por ahí, está muerto.

—Pregúntaselo para asegurarte, ¿vale? —añadió Yuri divertido.

—¿Tú eres tonto? Entonces, si no ha visto nada, en plan de que es lo más probable, se lo digo yo —replicó Adri, simulando voz de «monguer».

.....

...

Fueron pasando los días, y se hacía patente algo que ninguno de los tres quería reconocer: le tenían miedo. Cualquiera que con anterioridad se hubiera opuesto a sus caprichos o que hubiera osado ponerlos en duda delante de otros se hubiera llevado un correctivo en forma de intimidación o humillación pública. En realidad, casi nunca se peleaban. Una vez Yuri con un chico mayor (que salió escaldado) y algunos enganchones con gente que les había hecho frente y que habían terminado a su favor, al apoyarse los tres mutuamente. Adri sentía auténtica ansiedad por no poder resolver esa situación, por tener la auténtica certeza de que, si se iba contra Daniel a vengar la afrenta, este le devolvería el golpe. Puede que con un puñetazo. Y solo Adri sabía lo fuerte que fue aquella bofetada, por más que le quitara importancia delante de sus amigos. Sabía que si

Daniel hubiera aplicado esa misma fuerza con el puño cerrado... le habría dejado K. O., o algo más grave. Y por ello, le temía.

La cosa no terminaba ahí: la gente giraba la cabeza cuando él pasaba, o eso creía. Los mayores le señalaban como el niño de la bofetada, y en su turbulenta inseguridad adolescente eso le revolvía el alma. Los de su curso no se atrevían a tanto aún, pero eso era de momento. Cada día que pasaba sin que el resto percibiera que hacía algo por devolver la humillación, le hacía perder autoridad y respeto. De hecho, desde entonces no se había metido con nadie apenas. Un poco con las gorditas y con algún que otro *rarito*, pero poco más. No le apetecía. No se sentía seguro haciéndolo. Y sus propios amigos se habían dado cuenta.

En clase, no quería ni mirarlo. Pero de vez en cuando, y asegurándose de que él no se diera cuenta, lo hacía. Y ahí estaba. Pacífico, imperturbable, sin que nadie ni nada le sacara de su mundo de sombríos dibujos. A veces alzaba la cabeza y sonreía. Adri, perplejo, se daba cuenta de que la gente le felicitaba por lo que había hecho, como si fuera el puño ejecutor de un extraño concepto de justicia. Ya no hubo más burlas hacia Daniel en Educación Física. Ni por parte de Adri ni de nadie. Guille y Yuri, sobre todo Guille, redoblaban sus esfuerzos en divertirse a costa de los demás, pero Adri... tenía menos chispa. La antigua ley del más fuerte, esa misma que él y su manada se habían esforzado en implantar, se había vuelto en su contra. Del modo más seco y literal posible.

.....

...

Aquella excursión que don Javier, profe de Ciencias, había organizado al centro de fauna, estaba resultando genial. Era una inmejorable ocasión no solo para escapar de la rutina habitual que suponían las clases y el mismo tedioso asiento de cada día. El monitor que les había tocado se enrollaba mazo explicando, pero lo más destacable de todo aquello era sentirse juntos los tres, fuera del aula, y poder divertirse en un entorno poco habitual, ya fuera entre ellos o a costa de los demás. El campo era un lugar ideal para chincar a las chicas. Y desde luego, los distintos animales salvajes que les iban presentando, así como sus costumbres y anécdotas, una total fuente de inspiración para soltar gracietas y paralelismos sobre sus más divertidos y sufridos compañeros: la cabra montés (*y el cabrón*), el zorro (*y la zorra*), el gato montés, el jabalí (*y la jabalina, una auténtica cerda*), los anfibios, con el sapo común a la cabeza... etc. Lo estaban pasando en grande. Y sus compañeros, pese a todo, también, ya que las bromas e insultos se repartían. Además, en esas lides las chicas se dejaban picar con su inequívoco «*joo, tontooo*».

Las risas hicieron olvidar a Adrián la ansiedad que lo carcomía. Durante el tiempo libre, y tras los bocadillos, el trío se alejó del resto para explorar los alrededores. Como buenos urbanitas, la total ignorancia sobre lo que tenían alrededor hacía de ese inofensivo paseo poco menos que un *tour* por la selva tropical, bromeando sobre la posibilidad de encontrarse de bruces con cada uno de los bichos que en cautividad acababan de ver.

Se agenciaron cada uno un buen palo con el que apartar la vegetación, que se hacía creciente conforme se alejaban del área de recreo. Entonces Guille la vio. Una araña enorme, sobre una roca, mirándole desafiante desde el negro charol

de sus ocho ojos. A punto estuvo de aviarla de un palazo, pero se le ocurrió algo mejor: de un codazo avisó a Yuri, que comprendió al instante y, haciendo gala de su singular habilidad, tomó raudo a la araña con un pañuelo de tela bien doblado, no le fuera a picar. Adri, que se hallaba adelantado, volvióse al notar que sus amigos habían quedado algo atrás. Y lo que vio fue a Yuri viniendo hacia él con algo prendido en sus dedos. A Adri le daban pánico las arañas. No miedo, sino pánico. No podía resistir ser tocado por una, y le devoraba la inquietud cada vez que presentía que en algún lugar en el que se iba a tumbar las podía haber. Por supuesto, esto era un secreto que solo sus dos colegas de fechorías y algún amigo de la niñez sabían.

En cuanto Adri identificó *lo* que Yuri traía en el pañuelo, le rogó que no se acercara, y retrocedió como huyendo de una antorcha encendida, aun sabiendo que Yuri haría caso omiso. Guille reía a carcajadas. De repente, el hispano-ucraniano hizo un gesto veloz, y sin pensarlo, arrojó al pañuelo y su contenido sobre el jersey de Adri, que, presa de un pánico irracional, se puso a dar saltos y a gritar como si estuviera siendo devorado por un enjambre de hormigas carnívoras

—¡Ahhhh! ¡Noo! ¡Cabrones! ¡Quitadme la puta araña!

El infortunado arácnido había caído en el pelo de Adri y pugnaba por escapar de esa incomprensible situación. El adolescente sintió más terror aún cuando confirmó que la araña, en efecto, estaba sobre él. Finalmente, uno de sus frenéticos manotazos tuvo su recompensa, cayendo el animalillo al suelo, donde fue pisoteado con saña.

—Joder, tío, cómo te pasas. A don Javier que vas a ir —sollozó Yuri de la risa.

—Que os den por el culo a los dos —soltó Adri, digno.

Y en ese momento, lo vio. Allí, entre dos carrascas. No necesariamente escondido. En pie, con las manos en los bolsillos. Mirándole fijamente, impávido el rostro. Era Daniel. Y Adri sintió escalofríos. Los otros se dieron cuenta enseguida.

—¡Eh! ¿Pero qué hace este tío aquí? —exclamó Yuri.

—¡Pírate!... ¡Pírate, anda! —le gritó Guille.

Adri estaba paralizado. Daniel, con pesado movimiento, como un oso que por pura pereza renuncia a despanzurrar a unos perros ladrones, desapareció de su vista. El corazón de Adri volvió a latir a un ritmo normal.

—¡Menudo pirado! —dijo Guille—. ¿Habrá visto...?

—¡Lo que le faltaba a este! —interrumpió Yuri, que de inmediato mudó su gesto al ver la cara que se le estaba poniendo a Adri.

.....

...

El vídeo de Adri chillando y tratando de quitarse de encima una supuesta araña (lógico que a esas resoluciones no se viera), era viral en todo tercero de la ESO. Como siempre pasa en estos casos, el afectado fue el último enterarse, y

porque se lo enseñaron sus fieles amigos. Seguramente, si el protagonista de esa misma escena hubiera sido un *pringao*, un *friki*, un afeminado... no habría ido muy allá. Una gracietta como cualquier otra. Una *putadita* más de las que recibían esas personas. Algo que, salvo a los propios acosadores, aburría pronto a los demás. Pero es que era Adrián Martínez el que gritaba como una niña, protegiéndose de un ser diminuto. Adrián, el *chulito*. Adri, el amo del corral. Adri, el terror del *insti*. Adri... el de la bofetada.

Ese morboso contraste hacía que el vídeo fuera comentado repetidamente en los pasillos, y por supuesto compartido y reenviado con saña por todas las víctimas del famoso trío, hasta el punto de que los mismos profesores lo vieron. Y ¡cómo no!, les hizo gracia descubrir esa versión del mocososo que les hacía las clases imposibles.

Guille y Yuri intentaron consolar a Adri. Que si era una tontería. Que anda que no hacían ellos cosas peores con la gente. Que menudo hijo de puta Daniel, que se iba a enterar. Pero ninguno de los tres fue a encararse con el terrible gigante, suponiendo que fuera él el autor de la grabación. Si acaso lo miraban desafiantes. Adri ni eso. Su orgullo, su autoestima de cartón piedra, habían sido incendiados; derrumbándose como *ninots* en la *cremá*.

Quiso pagarlo con los de siempre, con aquellos que consideraba más débiles, humillando al chaval de la capucha, quitando un libro a un empollón que se rebeló al recibir unos tizazos. Pero las cosas ya no eran como antes. No solo estaba el hecho de que eso ya no le divertía. Lo veía como una respuesta forzada a algo que le estaba pasando. Era que *todas* sus víctimas habían visto el vídeo. Todas

habían oído hablar de la bofetada. Sus pasos ya no eran seguros. Sus insultos, ramplones; su mirada, oscilante. Y ocurrió lo inevitable: dejaron de tenerle miedo.

Le respondían. Con arrogancia. Sin pizca de respeto. Adri no iba a tolerar eso. Tuvo dos peleas en tres semanas. Las ganó, sí. Después de todo, eran más débiles que él. Pero a duras penas. Su nariz sangró. Tuvo un ojo morado. De poco le valía ese infantil consuelo de «*si vieras cómo quedó el otro...*». Ya estaba claro ante ojos de todos que había perdido el control. Cuando hasta las *cochinas* hacían caso omiso de sus vejaciones y le llamaban *nena* y *pringao*, Adri tomó conciencia de que más bajo no podía caer. Las peleas tuvieron sus consecuencias: le expulsaron del centro varios días, y la bronca que se llevó en casa fue más que monumental.

Al regreso, tuvo otra pelea. Un chaval de 4.º se rio de él, a propósito de la bofetada. Adri se le enfrentó, con el corazón latiéndole a mil. Perdió. Aún podía haber sido peor si Yuri y Guille no hubieran intervenido.

.....

...

—Joder, la verdad es que ese hijoputa acojona de verdad —añadió Guille mientras mordisqueaba su bocadillo—. ¿A dónde irá?

Y es que Daniel, cada recreo, se levantaba de su asiento con un sigilo impropio de alguien de su volumen y desaparecía nadie sabía hacia dónde.

—Tío, no te preocupes —dijo Yuri—, nosotros estamos contigo.

—Sí, ya —respondió Adri—. A veces creo que no me quita ojo, me doy la vuelta en clase y noto que me mira... hace un gesto raro de cojones y aparta la vista. ¡Joder! ¿Por qué no hacemos nada?

—¿Meterle? —se extrañó Yuri—. Entre los tres podemos, siempre y cuando no me dejéis solo, cabrones. Es coña, tíos, yo no me juego una expulsión. Mi padre me *ahostia*.

—Algo tenemos que hacer, ¿vale? —planteó Adri, que intentaba que la ansiedad que le invadía desde hacía un tiempo no la notaran sus amigos, aunque le conocían demasiado bien.

—En plan joderle la vida y que se dé cuenta quién manda aquí —resolvió Guille.

—Pues poned esas mentes a currar a machete, que esto no son matemáticas —añadió Yuri.

.....

...

Los tres amigos resolvieron seguirle para ver a dónde iba y qué hacía durante los recreos. Lo cierto es que Adri no estaba para pensar demasiadas cosas; de hecho, su rendimiento académico había caído en picado en las últimas semanas. Les costó seguirle. Daniel se movía rápido y resuelto, mirando a menudo hacia atrás con desconfianza. En un par de ocasiones tuvieron que

abortar: sospechaban que los había visto, y querían estar seguros de que no sabía nada.

Siguiéndole a un centenar de metros de distancia, y entre las concurridas calles de la gran ciudad, podían haberle perdido, pero no. Yendo separados, y Guille en cabeza atento a los movimientos del gigantón, le vieron entrar en el cercano parque de la Purísima, un viejo pulmón de la urbe, quizás un poco descuidado; pero esa misma circunstancia le otorgaba cierto encanto. Sauces, olmos, plátanos, chopos y almeces se mezclaban en lujuriosa y verdeante orgía, dando al parque y a sus estanques una apariencia casi selvática.

Daniel se deslizó por uno de los senderos que se adentraban en la frondosidad, lejos de las grandes vías por donde transitaban jubilados y gentes de martes ocioso. Le perdieron de vista. Se dieron prisa, la curiosidad los zarandeaba. Si se les extraviaba, abortar la operación a esas alturas *hubiera sido un auténtico coñazo*, pensaban. Y si se daban de bruces con él, la cosa rayaría en lo beligerante.

Tuvieron suerte. El sendero desembocaba en un claro que parecía sacado de un cuento de los hermanos Grimm. Los árboles formaban un dosel que resguardaba el lugar, si bien como bastantes de las especies eran caducas, el otoño pleno había privado de bastantes hojas al conjunto. El cielo gris y las hojas caídas en el suelo contribuían a darle un aire romántico y melancólico al lienzo. Y en el único banco del claro, sentado, ausente como tantas veces, Daniel.



Tras un recodo natural formado por providenciales y descuidados setos, los tres se detuvieron a escrutar. Era verdaderamente inquietante el contraste entre su manera resuelta de moverse y la apacibilidad que presentaba estando sentado. Con parsimonia, sacó cuadernito y lápiz; y con este en la boca miró en derredor suyo con calma, como buscando algo inspirador en aquel claro. No debió tardar en encontrarlo, porque en menos de un minuto ya estaba dibujando, con la vista y la atención puestas en su bloc.

—¡Bua! ¿Al final era esto? —susurró Adri, decepcionado.

—¿Pues qué esperabas? —respondió Guille lacónico—. ¿Qué se convirtiera en vampiro o algo así?

Con un gesto severo, Yuri les mandó callar y les pidió paciencia. Después de todo, en menos de diez minutos tendrían que volverse al *insti*.

Tras mirar el reloj de su móvil, Daniel se fue hacia un enorme olmo reseco, al que ya apenas quedaban hojas. De modo pesado, aunque seguro, trepó algo más de un metro por el tronco inclinado, hasta detenerse ante un enorme hueco, donde metió la mano y sacó algo que acarició con verdadero mimo. Los chicos le vieron contemplar la oquedad durante largos segundos. Y cosa inaudita en el Daniel que conocían: sonrió. Del mismo modo plomizo que había subido, y sorteando su torpeza, bajó del tronco. Sin mediar más acciones, guardó su cuaderno y se fue. Hubiera pillado al trío terrible *in fraganti* si estos, de modo bastante previsor, no hubieran tomado las de Villadiego, agachados primero, y de pie y corriendo después, en cuanto vieron a Daniel hacer ademán de regresar al instituto.

Las preguntas se les agolpaban. Por primera vez en mucho tiempo, no era solo aversión lo que Adri sentía hacia el enigmático gigante. Ahora le corroía una terrible curiosidad.

.....

...

El trío se pasó los días siguientes especulando qué pasaba con *aquel pirado*. Adri se pasaba las clases estudiándolo furtivamente, intentando en vano discernir qué era lo que se escondía tras aquella pétrea faz. A veces cruzaban las miradas, y Adri tenía la horrible sensación de que Daniel sabía en todo momento qué era lo que él pensaba y lo que planeaba hacer. Sintió escalofríos.

Acordaron los tres en ir a comprobar qué había exactamente en ese claro. Por supuesto que no podía ser en un recreo, ya que el gigantón iba allí todos ellos; de modo que sería un *finde*, o al salir de clase. Los padres de Yuri eran muy estrictos con los horarios, por lo que optaron por la primera opción: el próximo viernes por la tarde, antes de que oscureciera, quedarían e irían a desvelar el misterio.

.....

...

El sol coqueteaba con las azoteas, sin decidirse aún a tocarlas en su lenta pero constante caída hacia el ocaso, cuando Yuri, Guille y Adri se reunieron en la puerta del parque. Bromas, insultos cariñosos, golpecitos... lo de siempre. Aunque con Adri ya no bromeaban tanto. Eran muy conscientes de su situación, de esa inseguridad que, aun estando siempre ahí, había decidido asomarse, arrancada por los últimos acontecimientos. Adri habría preferido, no obstante, que lo trataran como siempre. Aquella condescendencia le hacía creerse aún más débil de lo que ya se sentía.

El parque comenzaba a vaciarse a esas horas que a comienzos de noviembre anunciaban ya la pronta y súbita llegada de la noche. Guille y Adri dudaron sobre

qué sendero de los que se adentraban en el descuidado bosque tomar, pero el sentido de la orientación de Yuri no dejaba lugar a dudas: en apenas unos minutos de serpeante tránsito, se hallaban en el claro.

Lo venían comentando por el camino. ¿Y si se topaban con Daniel? ¿Y si estaba allí en el claro? O igual podía estar agazapado esperando para saltarlos encima, según bromeó Guille para quitarle hierro. El caso es que todos tenían esa posibilidad. ¿Miedo? En parte, pero sobre todo fastidio, porque quizás se quedaran sin inspeccionar el lugar, y *aquel perturbado*, al saberse descubierto, se llevaría su tesoro, misterios, o lo que quiera que hubiese en aquel lugar, a otra parte.

El claro estaba vacío. El vetusto banco de madera, casi cojo, no invitaba precisamente a sentarse. Aún había bastante luz. Antes de asaltar el árbol, los tres se recrearon en aquella atmósfera de película, paladeando cada detalle como jóvenes inspectores recién salidos de una academia de élite.

Y fue Yuri quien lo vio. En el banco, toscamente grabado, pero profundo, con fuerza, aparecía el nombre de Daniel... unido al de Ana.

—¡Venid! —les dijo a sus compañeros.

Podían verse otros muchos grabados. Nombres e historias que tan solo debían vivir en el recuerdo de quienes, en tiempos, los tallaron. Y, cómo no, dibujos, rayujos y obscenidades varias. Adri y Guille se pusieron a buscar, y no tardaron en encontrar los nombres de Dani y Ana juntos en varias partes del banco. Sin corazones. Si acaso alguna línea a modo de orla en la que reconocieron el diestro pulso de dibujante que, sin duda, era obra de Daniel. Había alguna

palabra que ya apenas podía distinguirse. Junto a una de esas orlas, pudieron leer un «para siempre».

—¡Puaj! ¿Entonces tenía novia ese capullo? —sugirió Guille.

—Para que veas. No perdáis la esperanza —rio Yuri.

—Joder, a saber si no la tiene enterrada aquí —añadió Adri, no tan en broma como parecía.

Como si fueran uno solo, los chicos dirigieron su vista hacia el árbol, el mismo al que Daniel había trepado. El olmo rugoso e inclinado. Junto al suelo, en la base del tronco podía leerse, profundamente labrada, muy nítida, una frase: «*Tuyo y mío*».

Adri sintió una fría ansiedad taladrando su pecho, pero, aun antes que los otros, fue el primero en trepar por el tronco. No eran tan fácil como parecía. Esperó a poder ver el hueco antes de meter la mano, no fuera a haber arañas o cualquier otro bicho de esos que no soportaba.

Piedras. Azules y rojas. Lisas, rodadas, como de río. De un tamaño algo menor que la palma de la mano. Adrián tomó una con curiosidad y temor, temiendo que al hacerlo despertara algún tipo de maleficio. No. Eran piedras pintadas. Simplemente eso. Cuatro: dos rojas y dos azules. Yuri trepaba ya en pos de Adri, y se detuvo al ver lo que este le mostraba.

—Déjalo, Yuri. Esto es lo único que hay —las arrojó al suelo—. ¡Puto pirado!

—Adri, tío, se te va la pinza... ¿Esperabas el tesoro de Alí Babá? ¿Los piños de la tal Ana? —le regañó Guille—. ¡Estás peor que él!

Los tres se preguntaron el significado de aquellas piedras que el gigante atesoraba con mimo precisamente en ese rincón, donde podían ser descubiertas y robadas. No hacía falta ser del CSI para saber que el lugar, y todo lo que en él había, eran importantes para el muchacho que se había convertido en temor y obsesión para Adri.

Una cosa era segura, y eso trocó el pavor y la mansedumbre que había padecido Adri las últimas semanas en maldad, en puro poder de decidir si dañar o no. En este caso la respuesta era clara: había dado con el talón de Aquiles del gigantón. No se lo pensó.

Como si estuviera poseído, Adri comenzó a golpear el banco por la pata que este tenía casi desgajada, buscando doblarlo, derribarlo.

—¿A qué esperáis? —espetó a sus compañeros—. ¡Ayudadme!

Yuri y Guille, algo sorprendidos al principio, pero tal vez comprendiendo por lo que estaba pasando Adri, le ayudaron a tirar del banco. Yuri, el más fuerte de los tres, buscó pesadas piedras que arrojó sobre el mismo con furia. Aquello era de lo más terapéutico. Con palos, trincharon el suelo para terminar de desenterrar las patas. El esfuerzo de tres cuerpos imberbes pero enfebrecidos pronto dio sus frutos: en menos de veinte minutos, el banco estaba roto, tronchado por varios sitios.

Sudorosos, se miraron. Yuri con algo de arrepentimiento, Guille con algo menos, y Adri con una sed de venganza aún lejos de ser saciada. Fue hacia su mochila y sacó un machete dentado, que pertenecía a su hermano mayor.

—¡A dónde vas con eso, tío! ¡Te vas a hacer daño! —dijo Guille.

Adri ni lo escuchó. Con saña, buscó cada marca en la que aparecían los nombres de Dani y Ana, y manejando el cuchillo con empeño e insospechada maña, las peló hasta hacerlas desaparecer.

Seguidamente, se fue hacia la marca del árbol; esa que rezaba «Tuyo y mío» en dos renglones, y, a base de hundir el machete y hacer palanca, logró sacarla a trozos. Adri tenía la intención, siniestramente artística, de haberla sacado entera, pero obviamente, no poseía ni la fuerza ni la habilidad para ello. Por más que el odio tornara en hercúleas sus manos. Cuando hubo terminado, miró a sus compañeros. Jadeando, triunfante.

—¡Tío, estás fatal! —le dijeron—. ¿Te has quedado a gusto por lo menos?

—Ese capullo te va a matar cuando se entere —añadió Yuri.

—Me la pela —acertó a decir un Adri henchido de macabra gloria.

Seguidamente, recogió las piedras del suelo y las guardó en su mochila.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó Guille—. Esto me da mal rollo.

—Buff... ¿Qué coño os pasa? —respondió Adri—. ¿Tengo amigos... o mariconas?... ¿Tenéis miedo o qué?

—¡Oye! No te pases —replicó Guille muy en serio.

—Chss —terció Yuri—. Por mi parte ya está bien. ¿Qué más quieres hacer, Adri?

—Nada, cosa mía, ya pensaré. No necesito vuestra ayuda. Hala, ¡vámonos de aquí, ya que os da tanto cague!

—Tío, eres gilipollas —replicó Guille.

Y entre puyas ya poco serias, los tres abandonaron el claro, mientras las sombras del ocaso se cernían sobre la pequeña destrucción que habían causado.

.....

...

El corazón de Adri tamborileaba. Lo que tenía que hacer, lo hizo rápido, sin dejarse aturullar por los nervios o la excitación. Lo acontecido los últimos días, la perspectiva de la venganza y esa sensación de poder que lo embargaba habían echado a patadas al Adri inseguro que se había atrevido a aflorar a raíz de las fechorías de Daniel. Estaba exultante. Volvería por sus fueros. Todo estaba dispuesto.

El recreo acababa de terminar. Entre que les abrieron la puerta y todos, cansinos como si fueran al paredón, iban pasando, él lo hizo todo en menos de un minuto. Hubo quien lo vio, claro, pero entre el griterío generalizado y el movimiento de la tumultuosa manada adolescente, nadie le dio importancia. «Una tontería más de este *colgao*», pensarían. Yuri se había encargado convenientemente de entretener al profesor de Ciencias en el pasillo, contándole un ficticio drama familiar.

Y ahí llegó. De los últimos, como cada recreo, tal y como Adri esperaba. Su odiado Daniel. Pero en esta ocasión no venía con su habitual andar macilento, mirada baja y sonrisa bobalicona. Su rostro se hallaba desencajado y sus pasos dispersos. Parecía a punto de sollozar. Y Adri exhibió una mueca de triunfo al confirmar lo evidente: acababa de descubrir que su santuario había sido profanado. El gigante se tambaleaba. Fue a sentarse en su sitio, y vio que algo había en el asiento. Lo tomó como si fuera un tesoro, con una visible ansiedad devorándole: era una de sus piedras. No pareció importarle lo más mínimo que estuviera húmeda de inmundicias malolientes. La limpió como pudo con las manos, ante la mueca de asco de su compañera de pupitre. Daniel entonces levantó la vista, puesto que todo el mundo le miraba a él y a la pizarra. Enseguida supo el motivo.

«¿BUSCAS ALGO, DANIEL? MIRA ENCIMA DE LA PIZARRA Y EN LA MESA DEL PROFE».

Eso era lo que todos podían leer en el encerado. Y es que allí, sobre la pizarra, colocadas hábilmente, a punto de caer al suelo, estaban dos de las piedras pintadas que Daniel consideraba su mayor tesoro. El gigantón, boquiabierto. La gente de la clase, mirándole. Riendo unos, con pena otros, con asco unas pocas... Sin entender nada ninguno de ellos. Daniel, de modo repentino, pero tal y como Adri esperaba que ocurriera, corrió hacia la tarima gritando, llorando de pura rabia, como si las piedras fueran a volar de allí. Saltó desesperadamente, de un modo cómico tratándose de alguien tan pesado, para cogerlas; y así lo hizo, abrazándolas como el tesoro que para él eran. Aquellos que estaban pendientes,

reían cruelmente ante lo «rarito» de la situación. El profesor aún no había entrado. Yuri estaba haciendo su trabajo a la perfección.

Daniel reparó entonces en la mesa. Y allí estaban. Los pedazos de corteza de olmo que Adri había arrancado del árbol. Esos en los que ponía «Tuyo y mío». Ahora nada podía leerse. Solo eran un montoncito de trozos inertes, quemados con un mechero. Daniel los cogió, no creyéndolo aún; llorando, gritando, intentando en vano recrear un puzle victorioso con aquellos restos ennegrecidos. Una tarea imposible. Daniel apretó con fuerza el fragmento en el que aún podía distinguirse la letra T y, ofuscado, miró alrededor suyo.

En ese momento entraba don Javier, el profesor de Ciencias, al que Yuri y sus dramas no podían entretener más, y se encontró con la dantesca visión.

—Daniel, ¿qué haces aquí? ¿Qué es esta guarrería? Explícame.

Adri estaba disfrutando de lo lindo. Si a ese *putopirado* le quedaba un ápice de popularidad por sus dibujos y por la *hostia*, esta escena la había barrido del todo. Ignoraba lo que esas piedras pudieran significar para él, pero «¡Que se joda! Así aprende con quién no debe de meterse». Su ego aumentaba a medida que lo hacía el sufrimiento y escarnio del gigantón. Igual hasta lo echaban de clase. El triunfo sería total entonces.

El gigantón no hacía ningún caso a don Javier. Como si el profesor no estuviera allí espetándole, exigiéndole explicaciones. Entre sollozos y miradas a los restos de corteza y a sus piedras, buscaba con furor culpables entre las caras de unos compañeros, que, en su mayor parte, habían dejado de reírse, pero no de parlotear. Palabras que surcaban el aire, perdiéndose en el camino la mayoría,

pero entrando a trompicones en el oído y el alma de Daniel algunas de ellas: «Qué tío más raro», «Qué pena me da», «Está fatal», «Qué fuerte lo de este tío», «tonto», «memo»...y tantas otras. Aguzados puñales para herir sin piedad alguna el ego de un adolescente.

La mirada de Daniel se cruzó con la de Adri. Y ahí se detuvo. Frente a la algarabía reinante, Adri estaba callado, pero sonriente, disfrutando de su triunfo, masticando el daño causado, sabiendo que pronto volvería por sus fueros. Sostuvo la mirada del agraviado y le hizo un gesto desafiante: «Te toca tragar, *pringao*. Y pórtate bien, o esto no será más que el principio». Fue solo eso, un gesto. Lo que vino después Adrián nunca se lo hubiera imaginado.

Ignorando al profesor, a quien superaba en altura, y poseído por una ira sobrehumana, Daniel se lanzó hacia Adri arrollando cuando se interponía entre ellos, como la fuerza de la naturaleza que era. El sorprendido Adri no tuvo tiempo siquiera de preparar una mínima defensa. Daniel, furioso y vociferante, se le echó encima con su corpachón y le derribó como si fuera un junco reseco. Las mesas volaban, y todo fue tan inmediato que ni profesor ni alumnos tuvieron tiempo de reaccionar. El repentinamente violento gigantón zarandeó a Adri contra el suelo, golpeando su cabeza frenéticamente. Insensible a los atemorizados y estériles puñetazos que el agredido le lanzaba, le echó las zarpas al cuello, y apretó. Adri, conmocionado, sin poder moverse debido al peso del gigante, sintió que le faltaba el aire. Se ahogaba. Y en ese momento, fue preso de una diabólica ansiedad propiciada por la adrenalina. Esa misma que ataca al ser humano que sabe que puede morir, *que va a morir si no hace nada por remediarlo*. No importa lo absurdas que fueran las circunstancias. Adri pataleó e intentó en

vano zafarse de aquellas tenazas de acero que le oprimían el cuello y le robaban la vida. Tanteó en su bolsillo. Algo muy duro. Una piedra. La cuarta piedra que encontró en el árbol de Daniel, y que únicamente no puso sobre la pizarra por no descomponer la siniestra simetría de la cruel travesura, o quizás porque tenía poco tiempo. ¿Qué importaba eso ahora? Como pudo, la sacó y, apretándola, golpeó al gigante en la sien con esa fuerza que solo puede otorgar la desesperación. Una vez. Y otra. Y otra.

Daniel cayó hacia atrás, soltando su presa; al tiempo que Yuri, don Javier y algunos otros que se sumaron lo sujetaban. Fueron solo unos segundos, pero Adri no pudo saber si fueron sus golpes o la intervención externa lo que le salvó, porque tras aspirar con voracidad deliciosas bocanadas de aire salvador, se sumió en un estado de plácida duermevela y ya no pudo ver nada más.

.....

...

Al día siguiente...

La directora del centro tenía al otro lado de la mesa de su despacho a Adrián, que se repuso de inmediato de los efectos del ataque, habiendo quedado todo en un susto. El revuelo formado fue tremendo, y había que tomar las medidas disciplinarias que fueran necesarias, por duras que fueran. Estaba en su sueldo.

—Adrián, he hablado contigo en unas cuantas ocasiones ya, pero ahora te has coronado...

—¿Coronado? ¿Pero qué dice? ¡Ese puto loco casi me mata y todavía tengo que estar aquí dando explicaciones! —replicó Adri indignado.

—Baja esos humos, jovencito. Sabemos muy bien lo que has hecho y con qué finalidad.

—¡Oh! Ahora me entero de que poner unas piedrecitas sobre la pizarra y unos cachos de madera en la mesa del profe es una falta grave. Tanto como una agresión, ¿no? Que sepan que mis padres están conmigo, ¿vale?

—Escucha, niño. No voy a tolerar que me hables así, y sí, estaremos encantados de contar a tus padres la historia completa y real para que la contrasten con la que tú les has contado. En cuanto a Daniel, sí, vamos a tomar las medidas oportunas. Necesita ayuda. Es un chico especial y ha sufrido mucho... aunque lo que haya hecho sea inexcusable.

—¿Ha sufrido mucho? Y a mí que me den, ¿no? ¡Que ese loco intentó matarme! —gritó Adri haciendo pucheros.

—¡Adrián! Puedes seguir con esa actitud y ser expulsado dos semanas o escucharme, y por una vez, solo por una vez, intentar ponerte en la piel de los demás. Está claro que no sabes nada, no digo ya de la vida en general, que también, sino de Daniel y sus circunstancias. Creo que es justo que las sepas.

Adri asintió.

—Verás, vosotros veis en Daniel un chico introvertido, raro... que está en su mundo. Lo cierto es que sufrió un trauma que, como ahora hemos podido certificar, le ha dejado serias secuelas.

—¿Qué ocurrió?

—Su hermana se suicidó. Hace algo menos de un año. Los chicos y las chicas de su instituto le hacían la vida imposible. Bromas crueles, constantes humillaciones, acoso en las redes sociales... No aguantó más y, tras escribir una carta contándolo todo y pidiendo perdón a sus seres queridos, se arrojó por la ventana de su cuarto. Fue noticia en todos los medios. Ana se llamaba.

—Ostras...

—Sí, Adrián, sí. Los profesores sabíamos esto y hemos sido discretos para que vosotros no os enteraseis de nada. Daniel ha tenido que pasar por varios psicólogos, pues su hermana y él estaban muy unidos. Tuvo que cambiarse de instituto y venir aquí, donde hemos intentado hacer las cosas lo mejor posible. Pero parece ser que hemos fracasado. El parque donde tú y tus amigos robasteis esos objetos era un lugar al que él y su hermana iban. Donde podían ser ellos mismos sin que nadie los insultara. Tal vez por eso Daniel ha reaccionado así a tus bromas. Tomaremos medidas contigo, claro, pero si tú quieres y realmente has aprendido la lección, todo va a ir bien y podrás llevar una buena vida con tus amigos, padres... Para ti, esto no va a ir más allá. Daniel no puede decir lo mismo.

Adri razonó al fin, aun devastado como se hallaba. Pasaría semanas, meses... reflexionando sobre él, sobre Daniel, un chico cuya adolescencia y tal vez su vida habían quedado destrozadas. Sobre sus amigos, y sobre todas aquellas cosas en las que había sustentado sus relaciones sociales hasta ahora. Pensaría en las chicas gorditas, *las cochinas*, en el chico de la capucha cuyo nombre nunca aprendió. En esos chavales que temían destacar en clase porque eso

significaba sufrir humillaciones y represalias. En la injusta actitud de algunas compañeras, admirando al chulito y al acosador. Algo se removió dentro de su ser. Apenas comió en días... y sus notas bajaron. Pero encontró comprensión a su alrededor. Una comprensión que él nunca había tenido para con los demás. Resolvió que no volvería a meterse con nadie, como tampoco dejaría que hicieran lo propio con él ni con ninguno de los suyos. ¡Eran tantas las cosas que aún desconocía! No pretendería saberlo todo, pero sí aquello que su tiempo y tesón hicieran posible. Reír, jugar, conocer *pibas*, descubrir nuevas experiencias... Era todo un mundo el que se abría ante él, y hubiera sido realmente estúpido destrozarlo partiendo vidas. Vidas que se estaban construyendo y que en un futuro constituirían apasionantes historias por contar, por oír, por compartir. Que no fueran tristes como la de Daniel. Nunca más. Y sus amigos compartirían ese camino, ese cambio que con ilusión afrontaba... o no serían sus amigos. ¡El mundo estaba lleno de gente! Nunca es tarde para empezar de cero, y muchísimo menos cuando solo se tienen quince años.